

# **ORIOI BOHIGAS**

## **El Institut-Escola**

### **1987**

**El arquitecto Oriol Bohigas (Barcelona, 1925), uno de los principales artífices de la transformación urbanística de Barcelona que culminaría con la celebración de los Juegos Olímpicos de 1992, se ha declarado siempre «hijo de la marca pedagógica del Institut-Escola: absoluta libertad y absoluta exigencia de responsabilidad», fruto de su paso por las aulas del Institut-Escola de la Generalitat en Barcelona, localizadas en el antiguo Palacio del Gobernador del parque de la Ciudadela. [S. G.]**

Barcelona, sábado 6 de junio de 1987

#### **EL INSTITUT-ESCOLA**

[...]

Me es difícil, casi imposible, hablar como una simple experiencia personal de la calidad pedagógica de aquella memorable institución de la Generalitat. Era demasiado pequeño y han pasado muchos años. Además, a partir de entonces, se ha hablado tanto del Institut-Escola que, sin quererlo, mezclaría los confusos recuerdos con lo que he sabido y aprendido después. De lo que no tengo dudas en cuanto a recuerdo personal es de la gran sensación de bienestar y de confortabilidad, junto con la conciencia segura de que aprovechaba responsablemente el tiempo, sin ningún sistema represivo y con un tono civilizado que después no he vuelto a encontrar en ninguna parte. No lo he encontrado y, además, lo he visto agredido. Recuerdo, por ejemplo, que después de la guerra, al ingresar en el Instituto Menéndez y Pelayo para proseguir el bachillerato, cuando el secretario —el doctor Joaquim Febrer, un físico de considerable prestigio e incluso de procedencia política civilizada, pero ya asustado o tal vez convencido por la incivilización franquista— leyó en mi ficha que yo provenía del Institut-Escola se mostró muy agresivo y, no sé con qué pretexto, me castigó de cara a la pared.

En 1977, acabada ya la pesadilla franquista, un grupo de antiguos alumnos del Institut-Escola hicieron una edición facsímil del boletín mensual que se había publicado con algunas interrupciones desde marzo de 1932 hasta

mayo de 1937. Constituye un buen documento divulgador de los propósitos pedagógicos, sobre todo gracias a los breves y condensados artículos del director, el doctor Josep Estalella. No puedo resumirlos porque casi siempre son discursos ocasionales, manifiestos esporádicos, detrás de los cuales se adivina, sin embargo, toda la teoría. Y las insistencias son claras: el catalán como única lengua de enseñanza; la superioridad de las cualidades del profesor sobre la supuesta sistematización del método; la nueva energía pedagógica en contra del viejo eslogan «la letra con sangre entra» y, al mismo tiempo, en contra de la relajación de los métodos falsamente modernos; la formación y no la información como objetivo de la escuela; el mantenimiento de la personalidad del alumno; la imposición de la cortesía, en contra de la descortesía del entorno, como un punto de partida para civilizar ese mismo entorno; el estudio sin libros de texto, como lucha contra las hipocresías de la educación antigua, para favorecer una línea consistente en observar, inquirir y experimentar el objeto de estudio; la integración en el experimento, en el que «se trata de ver hasta dónde se podrá impulsar al estudiante trabajando y jugando en un ambiente que creemos suscitador de energías y eficiencias»; la lucha contra los exámenes como cuadruplicación de una incompetencia y una falta de responsabilidad.

Todavía me parecen admirables los artículos de orientación pedagógica de los profesores: Joan Ras sobre ciencia y tecnología, Enric Bagué sobre historia, Josep Vergés sobre latín, Guillem Díaz-Plaja sobre cine, Ernest Cervera sobre música, Lluís Solé Sabarís sobre geografía, Joan Llongueras sobre rítmica, Ramon Esquerra sobre literatura, Pere Puig i Adam sobre matemáticas, Angela Ferrer sobre ciencias naturales.

Los dos últimos números, ya en plena guerra civil, me han emocionado de nuevo. Una breve y sutil alusión a los «hechos» y, únicamente, testimonios asépticos —fotografías, dibujos, noticiario— de la civilidad y la civilización de la gente del Institut. Una manera elegante de tomar una posición ecuánime y a la vez crítica en el gran cataclismo.

Mi escolaridad en el magnífico edificio del parque sólo duró hasta el primer curso de bachillerato [...]. De la enseñanza primaria recuerdo de manera precisa a muchos profesores: la señorita Pallàs, la Bosch, la Rahola, el señor Aleu y el señor Llongueras, músico y poeta, que nos hacía practicar lo que se denominaba «Rítmica y Plástica» según los métodos de

Jacques Delcroze, con el que había estudiado en Ginebra. Y el magnífico señor Rodón, alto y grueso como un castillo, que se dedicaba a enseñarnos unos complejos trabajos manuales que iban desde coser y bordar hasta recortar meticulosamente unos inmensos papeles de colores. El uso de las tijeras se convertía en un auténtico tratado de urbanidad.

Esta virtud de trasladar cualquier trabajo a las necesidades de pulcritud y buena educación, a la formación de una civilidad completa, era claramente una característica de la época. [...]

El señor Rodón era del mismo tipo. Siempre nos decía que para cortar papeles sin que quedaran escalonados era fundamental que «no hiciéramos ruido» con las tijeras —«no peteu les tisoires», decía él— porque así el corte final se empalmaba mejor y, de paso, no molestábamos con el «crec-crec» metálico. Era algo tan obsesivo que a menudo se le oía murmurar por la clase: «Nens no peteu... Nens no peteu»<sup>1</sup>. Y me parece que todos aprendimos la lección, interpretándola incluso en términos de civilización básica colectiva más allá del «pet» de las tijeras.

La anécdota culminante de este esfuerzo civilizador fue la del famoso escupitajo. A un chico que acababa de ingresar se le ocurrió un día escupir en el suelo, en medio del patio de cemento. Hubo una alarma general. Un espanto que llegó hasta el despacho del director, el doctor Estalella. Llamaron a los bomberos —que tenían un cuartel al lado del Institut— para que desinfectaran todo el patio. Todavía me parece estar viendo las mangueras desplegadas y un torrente de agua que lo inundaba todo. La lección fue absoluta y, para todos los alumnos, de una eficacia casi eterna.

Al recordar este incidente, he pensado después, muchas veces, que fue como la sublimación de una manera de entender la pedagogía: avergonzar en lugar de reñir, o sea, avergonzar por la falta de responsabilidad, en lugar de reñir por la falta de obediencia. Supongo que se trata del método pedagógico más civilizado y más acreditado en la formación de unas élites de responsabilización gradual, es decir, unas élites para hacer funcionar bien un sistema que ya no hay que cuestionar. Y precisamente por esto, ahora, al cabo de los años, se me ocurren algunas críticas a esta pedagogía enfocada a una estructura cultural y productiva que todavía no habíamos conseguido y que, por no haberla experimentado realmente, veíamos como

1. *Petar* en catalán significa hacer un ruido seco, pero también tirarse un pedo. (*N. del T.*)

un objetivo incuestionable. Si ya hubiéramos pertenecido a esa estructura, seguramente habríamos tenido que cuestionarla, y entrar en el análisis de otros condicionamientos sociales más profundos que hubieran explicado alguna extemporaneidad en el rigor de las buenas maneras, un rigor que debió alterar, con el trauma del presuponer como realidad algo que sólo era una utopía, una buena parte del sistema psicológico del pobre niño que lanzó el escandaloso gargajo.

Pero, paralelamente a esta radical disciplina, el método pedagógico suponía también un tipo de relación casera y muy afectiva. Todos nos sentíamos como en casa o, quizá, mejor que en casa. Los traumas de los azotes por una buena urbanidad quedaban sobradamente compensados por la ausencia de exámenes represivos y la apertura de un diálogo constante con los profesores incluso en los temas más íntimos y personales.

Este aire doméstico yo lo ampliaba muchas veces y lo maximizaba gracias a la vecindad del matrimonio Folch i Torres. Joaquim Folch y Orsina Baget vivían precisamente en un ático del mismo edificio del Institut-Escola, un piso cedido por la Generalitat al director de los museos por la proximidad al edificio de la Ciudadela. De vez en cuando iba a hacerles una visita, casi siempre para obtener algún beneficio: unas galletas a la hora del té, un rato de ejercicios en uno de los magníficos pianos antiguos de su colección de instrumentos musicales o un escaldamiento de los sabañones. De los tres atractivos, el más importante era el tercero. Yo me pasaba todo el invierno con los pies llenos de sabañones —enfermedad típica de los pobres en un país pobre— y, a media mañana y a media tarde, por culpa de la calefacción del aula, me asaltaba un escozor irresistible. A la hora del recreo subía a lloriquear a casa de los Folch. Me preparaban enseguida una gran palangana de agua hirviendo para bañar los pies, con un placer en el que se mezclaban el alivio de la comezón y el masoquismo del escaldamiento.

Para todos los que pasamos por el Institut-Escola, las personas más recordadas y más admiradas son, seguramente, el director y Angeleta Ferrer, hija de Rosa Sensat, que desempeñaba un papel tal vez poco definido, pero que actuaba como subdirectora y lo coordinaba todo. Ya se ha hablado lo bastante de los dos para que ahora tenga que añadir opiniones personales sobre sus cualidades pedagógicas y su capacidad para dirigir, siempre dentro de una actitud que jamás quebrantaba un sentido estricto

de la libertad. El doctor Estalella murió en 1938, en plena guerra civil, y la señorita Ferrer, desde los institutos de enseñanza media de la época franquista y ahora desde una esplendorosa jubilación, ha seguido y sigue siendo una guía pedagógica de primera magnitud.

Barcelona, domingo 7 de junio de 1987

### **LOS COMPAÑEROS DEL INSTITUT-ESCOLA**

Tengo recuerdos muy diversos de los condiscípulos del Institut-Escola, y creo que, con frecuencia, deben de estar marcados, también, por los recuerdos posteriores y por el seguimiento que de ellos he podido hacer después, a lo largo de la vida.

Eso de ir a una escuela mixta —es decir, con chicos y chicas mezclados— no era nada normal, sobre todo a nivel de bachillerato. Provocaba, por lo menos, cierta curiosidad —y tal vez una mezcla de envidia y de desconfianza— entre mis primos, los compañeros de veraneo, los vecinos de la escalera y tantos otros chicos que vivían con santa resignación la disciplina de los colegios de monjas y curas, una disciplina que comenzaba con la separación de sexos y continuaba con las diarias obligaciones de la pesada liturgia religiosa, anticuada y represiva, y con unos métodos pedagógicos en los que todo estaba en función de los temibles exámenes y de la miserable competición del «cuadro de honor». Los periodos más agradables del Institut-Escola eran las últimas semanas de cada curso, cuando disfrutábamos de las excelencias de la primavera haciendo excursiones a la montaña y retozábamos con los rudimentarios sistemas deportivos de la época, sin el desasosiego y el nerviosismo de los exámenes. Eran más agradables, todavía, porque exhibíamos nuestra tranquilidad de final de curso ante los amigos de otras escuelas que sufrían la primavera como el marco ineludible de los exámenes. Después de la guerra, anulado el Institut-Escola y su sistema, tuve que aclimatarme a unas nuevas primaveras. Cuando veíamos brotar las primeras hojas de los castaños de la calle Consejo de Ciento, que se anticipaban un poco a los plátanos del resto del Ensanche, ya nos echábamos a temblar, pensando en la proximidad de los suplicios académicos.

Recuerdo con un amor especial a muchas de aquellas niñas del Institut-Escola, y no creo equivocarme demasiado si digo que todas tenían un mismo talante y se esforzaban en representar un tipo físico semejante.

El doctor Estalella estaba abiertamente en contra de los peinados con flequillo, tirabuzones y greñas, supongo que por lo que representaban de femineidad distintiva y por el gusto por la claridad vivaz y las nuevas fórmulas de la «mujer que trabaja como un hombre». Las profesoras, por ejemplo, y las alumnas mayores de bachillerato, utilizaban sistemáticamente zapato plano —muchas veces con cordones, a la inglesa—, muy masculino, casi como un símbolo del nuevo papel social de la futura mujer universitaria. Así pues, el peinado general era el cabello lacio *à la garçonne* o las trenzas muy apretadas. El conjunto daba una imagen de chica moderna y espabilada muy fácil de distinguir del tipo adocenado y vaporoso de otras muchas escuelas. Pero no era solamente el modelo de la eficacia y la modernidad masculinizada. También se hallaba presente la huella estética del Novecentismo, que todavía subsistía en la voluntad institucionalizadora de la nueva Cataluña. No sé cómo lo conseguían, pero todas tenían aquel tobillo macizo y generoso de la Bien Plantada —como los dibujos de Josep Obiols y los aguafuertes de Xavier Nogués—, una forma corporal verticalizada en la que pecho, cintura y nalgas sólo podían describirse gracias a la inflexión tensa y atlética de la cavidad de la barriga —como figuras de Poussin con aditamentos de pintura y arquitectura venecianas—, la cara rectangular y amplia, los ojos redondos, la nariz consistente. No sólo había Obiols, Nogués, Galís o D'Ivoris, sino también algún Picasso del periodo monumentalista. A veces he pensado que las famosas *Dos mujeres corriendo en la playa* de 1922 parecían una sublimación anticipada de las dos hermanas Roca —Carme y Mercè, hijas de una importante maestra de la época, directora de la escuela de Vilajoana—, que, por diferentes razones y no exclusivamente físicas, podían asumir un papel de arquetipo que admitía derivaciones desde Eulàlia Zaragoza a Roser Aguilar y Teresa Carreras e, incluso, una tal Marimon —cuyo nombre de pila no recuerdo porque allí todos nos tratábamos por el apellido, por si una excesiva intimidación nos llevara a perder la sensatez institucionalizadora—, más atrevida y más heterodoxa que las demás, coqueteando a menudo con Jordi Aymamí, el chico más apuesto de la clase, el delantero centro en los improvisados equipos de fútbol, hijo de un periodista republicano, Lluís Aymamí i Baudina, habitual de *La Publicitat*, que había escrito un magnífico reportaje sobre los

hechos del 6 de octubre y que después de la guerra tuvo que exiliarse. Teresa Carreras era un producto característico de aquel mundo. Primero, por la significación de su belleza, que —como correspondía— podía interpretarse a la vez como mediterránea y nórdica, porque para la gente del Institut-Escola la civilización moderna del Mediterráneo sólo podía venir de una nueva invasión de los que algún chovinista todavía califica de «bárbaros del norte». Pero, además, lo era también por el gesto, por el ambiente familiar que traslucía, por el tipo de cultura de que se vanagloriaba, por el catalanismo asumido y a la vez militante, e incluso por la coquetería masculinizada con que trataba a los chicos. [...]

Pero los condiscípulos que más recuerdo y que después he seguido tratando son los que formábamos el «grupo del taxi». Me explicaré. El parque de la Ciudadela quedaba lejos de casa —en la calle Casanova, casi esquina a Consejo de Ciento— y los sistemas de transporte eran complicados. Durante el primer año, el Institut-Escola había organizado unos autobuses, pero, no sé por qué razón, no tardaron en ser suprimidos. Mi madre, a la que correspondía la tarea de acompañarme, se las ingenió para juntar unos grupos de alumnos dispuestos a alquilar un taxi fuera de hora de su servicio normal —por consiguiente, a un buen precio convenido— en sustitución del autobús.

El señor Miquel —un buen militante de Esquerra Republicana y exaltado catalanista— fue nuestro taxista. Con variantes ocasionales, los ocupantes diarios fuimos los mismos durante dos o tres años. Los hermanos Ramon y Miquel Trias Fargas fueron muy persistentes. Vivían en una majestuosa esquina del paseo de Gracia, pero a menudo les acompañábamos a casa de la abuela —la viuda del famoso doctor Fargas—, en la Rambla de Cataluña, cerca de la calle Consejo de Ciento, la misma casa en la que ahora vive Ramon, hoy miembro conspicuo de Convergència Democràtica de Catalunya. A Miquel sólo he vuelto a verle una vez, en Colombia —establecido allí, desde el exilio de la familia, después de la guerra—, donde ejerce de médico, siguiendo la tradición profesional de su abuelo y de su padre. A Ramon, por el contrario, lo he reencontrado muchas veces.

Fragmentos de *Desde los años inciertos*.  
*Dietario de recuerdos*, Barcelona,  
Anagrama, 1991, págs. 64-71.

